

CARLOS MARTÍNEZ MORENO

R I C A R D O L A T C H A M

EL GRUPO de los organizadores iniciales de este homenaje¹ me ha confiado su representación ocasional, para que diga —en nombre de los escritores de nuestra promoción— la gratitud que concitan en nosotros la presencia y la obra de Ricardo Latcham. Tengo que empezar por una ineludible mención del punto de arranque de mi conocimiento personal de Latcham, no sólo porque sea una circunstancia de rememoración agradable para mí —ni principalmente por eso, ya que, como diría Borges, ésta no es la historia de mis emociones— sino porque el detalle alude a una edad joven de la curiosidad, del interés y del entendimiento, que no era en este caso la mía sino la de Ricardo Latcham.

Preparaba él, allá por 1957, su vasta *Antología del cuento hispanoamericano*, que en 1958 publicaría Zig-Zag. No pensaba entonces en ser embajador en nuestro país ni en ningún otro, y acaso nadie presintiera en él al diplomático, así como otros no han sabido descubrir el sentido sustancial y fecundo en que después lo ha sido. Debía revisar por aquellos días su abrumador fichero de nombres, que alcanzaba aún a aquéllos sin historia editorial, y dio con el mío; me escribió entonces directa y afablemente, solicitándome originales para considerarlos. Así tuve con él una primera forma de contacto, que el tiempo y la frecuentación —en estos cuatro años— habrían de convertir en amistad. No fui el único escritor uruguayo que se relacionó de ese modo con Latcham. El conocía ya a muchos de los mayores, era entrañable amigo de alguno de ellos —Amorim— y en Chile se había vinculado a Rodríguez Monegal. Para los demás, su nombre famoso y su erudi-

¹Palabras leídas por el autor en el homenaje a don Ricardo Latcham, celebrado en la Universidad de la Re-

pública, en Montevideo, y publicado en la revista *Número* con el título de "Despedida a Latcham".

ción proverbial tomaron forma de cálida presencia humana cuando en 1959 llegó a Montevideo como embajador.

No extraña, por supuesto, su personalidad de la diplomacia, a la que venía a prestarle mucho más de lo que ella —en halago, en honores, en inquietudes— podría devolverle. Si es que el espécimen del crítico central de una literatura y de una época literaria no ha caducado desde Sainte-Beuve, si ese espécimen todavía existe, Ricardo Latcham lo disputa desde hace muchos años en Chile con Hernán Díaz Arrieta, Alone. En su reciente libro sobre *Las fronteras del realismo*, Fernando Alegría lo incluye en la restringida nómina de los pocos escritores a los que reconoce deber algo fundamental —en el orden formativo— la generación de escritores que él integra.

En una hermosa conferencia que dio en Montevideo acerca de Manuel Rojas, al tiempo de entrenarse *Población Esperanza* por el Teatro de la Universidad de Concepción, Ricardo Latcham definió el convulso panorama económico, social y político en medio al cual apareció en Chile la generación del 20, que irrumpe cuando Latcham —que el próximo 17 de abril, acaso ya físicamente no tan cerca de nosotros como hoy, cumplirá sus sesenta años— era un joven que se disponía a ser actor en el hecho literario. Estudiaba por entonces humanidades en el Instituto Nacional y habría de irse luego a España donde, en los días borrascosos de la dictadura de Primo de Rivera, cursó y se licenció en Literatura Castellana y en Historia General. Ha vivido luego en Chile, ha sido deportado político, militante socialista, protagonista literario, embajador en misiones especiales, viajero incesante por América —a la que conoce con una minucia de paisajes, pueblitos, hombres y capillas políticas y literarias en la que es difícil que alguien pueda emularle. Ha enseñado en Chile, habiendo sido el maestro de quienes hoy profesan en las cátedras de literatura y estilística. Y en forma irregular, ha escrito mucho; algunas veces originariamente en periódicos y revistas, otras desde la conferencia al ensayo. En España publicó *L'anima catalana* y *Estudios sobre Raimundo Lull*. En Chile editó *Escalpelo*, *Chuquicamata*, *estado yankee* —beligerante ensayo de implicaciones económicas y políticas—, *Itinerario de la inquietud*, impresiones de viaje, *El guerrillero Manuel Rodríguez*, *Estampas del Nuevo Extremo*, *Antología de la novela y del cuento norteamericanos*, *Doce ensayos*, *El criollismo* —exégesis de un movimiento literario del que fue uno de los más lúcidos expositores, lo que demuestra que no en vano disfrutó, como lo recuerda González Vera en su libro *Algunos*, de la “notoria predilección” de Mariano Latorre; *Don Juan Ignacio Molina y las ciencias naturales*, *El ensayo en Chile en el siglo xx*, *Antología del*

cuento hispanoamericano, *Blest Gana y la novela realista, Perspectivas de la literatura hispanoamericana contemporánea*, que recoge su relación presentada al II Encuentro Nacional de Escritores, de Chillán; y seguramente algunos otros títulos que me escapan. En nuestro país, en marzo del año pasado, edita su *Carnet crítico*, donde recopila ensayos publicados en su día en forma periodística, entre los años 1950 y 1961; y donde, haciendo verdad la manida frase de la vinculación cultural, conviven ensayos sobre escritores chilenos, uruguayos, venezolanos y mexicanos.

A través de cuanto ha escrito y opinado, su generosidad humana no ha conocido jamás el cálculo de la cavilosidad crítica, de la parsimonia propia de los consagrados que cierran el paso a los más jóvenes, del defensor de la trinchera generacional. Es muy raro que algún poeta o algún narrador que valgan haya dejado de merecer, en sus mismos comienzos, una atención seria y un comentario estimulante de Ricardo Latcham. Y cuando uno está en Chile y los escritores de toda edad y de cualquier promoción le preguntan “¿Qué hace don Ricardo por allá?”, la interrogación aúna el interés afectuoso por su persona, la busca de esa noticiosa lozanía que puede extraerse siempre de sus aquiescencias y de sus juicios, el interés cordial por la prosecución —bajo otro cielo americano— de la obra de un maestro sin tregua, y también —¿a qué negarlo?— la vaga inquietud simpática que suscita el saber que está obrando en su rotunda vitalidad, lejos de Chile, esa tremenda y telúrica fuerza de la naturaleza, con mucho de sismo, que hay en él.

En una nota sobre Mariano Picón Salas, a quien ha reverenciado siempre como al conductor más sagaz (venido de fuera) que tuvo la generación del 20, Latcham dice de él que “sabe captar como pocos todas las vivencias de un continente que ha recorrido de un extremo a otro. Vagabundo de la cultura —agrega— ciudadano de una república literaria ideal, lo mismo lo oímos discurrir sobre la Colombia convulsionada de 1948, que sobre el pacífico México de 1949”. Frases muy parecidas podrían escribirse acerca del fervor andariego y de la despierta apetencia de conocimiento que la edad madura no ha podido acallar en Ricardo Latcham.

Porque este crítico famoso no es un hombre reticente y reservado, como la gente que no lo es (o a veces la pedantería de algunos que creen serlo), quiere que se considere a los críticos. No es un apolíneo, un contenido, un cauteloso. El eufemismo no figura en su diccionario, el disimulo no es una actitud moral o mental que se haya inventado para él. Latcham es un dionisiaco y un vitalista. Sus amigos no lo son exclusivamente *por* ni acaban *en* la literatura. Mario Benedetti recor-

daba hoy mismo, en una semblanza periodística, la frase con que Latcham ganó para sí el auditorio joven del último Congreso del PEN Club, realizado el año pasado en Buenos Aires. "Si los escritores se reúnen para discutir estética —dijo allí— mejor sería que se quedaran en su casa". Es que su interés por las cosas no se agota nunca en el resorte de la expresión literaria, sino que va siempre a y viene siempre de la vida, solicitándola a fondo. Porque la vida misma —la relación humana, la vida de los pueblos, la comprensión del hecho social— tiene en él algo más que a un testigo predispuesto. Latcham es, en todos los terrenos donde deduzca su interés, un agonista impulsivo, un cultor apasionado.

De ahí esa enjundia vital que —por encima de su aguda inteligencia, por encima de su rigurosa formación humanística y por encima de su prodigiosa erudición de nombres y títulos que corresponden a viajes hechos, a conocimientos entablados y a lecturas portentosamente memorizadas— me parece, nos parece a todos nosotros, su rasgo más importante y su veta más caudalosa, de la que manan todos los demás valores, en que es tan exuberante y dadivoso su trato.

Y la forma amistosa de esa generosidad es su tremenda facundia verbal; a veces —que me perdone Latcham— habría que hablar de su implacable facundia verbal. Cuatro años de frecuentación casi semanal me han permitido enriquecerme y solazarme con ella, y puedo afirmar que ése es el costado brillantemente creador de este crítico. Es, por lo demás, el instrumento adecuado a un registro enormemente extenso y abigarrado de la vida, a una visión colorida y barroca de personas, de situaciones, de incidencias. En estos cuatro años, a pesar de la prodigación conversacional de Latcham, las repeticiones de su discurso han sido mínimas; y ese caleidoscopio literario, anecdótico y vital ha echado sobre nosotros un turbión de imágenes, recuerdos y anotaciones de épocas y lugares que serviría para llenar el más dilatado de los museos imaginarios.

Muchas veces sus auditores le hemos instado a escribir sus Memorias. Previsiblemente, dada la ardentía belicosa de su temperamento creador, no hallará nunca momento de pausa suficiente para hacerlo, a menos que alguien vuelva a ponerlo preso —como por sus ademanes de revolucionario juvenil lo estuvo en su mocedad— y le allegue una cinta magnética. Un abogado bautizó una vez ante mí a un cliente viejísimo y muy consumido que llegaba, sin embargo, día por día, hasta su estudio, llamándole "Sucesión en pie". Todas las expectativas obituarías y consecuentemente sucesorias se daban cita en su estampa. Cuando —en la rueda de sus amigos— oímos a Latcham referir los epi-

sodios diversamente prestigiosos en que ha intervenido o de los que ha sido testigo, nos sentiríamos llamados a considerarlo, parafraseando la metáfora del abogado, un "memorialista en pie". Porque si no tiene aún la edad, el sosiego, el escepticismo y la resignación de quienes escriben sus Memorias como forma suave e insidiosa de despedirse sin soltar la palabra, su fastuoso estilo verbal, su magistral uso del adjetivo paródico, la abrumadora fluencia del grotesco en el dibujo de sus frases, hacen que los hechos parezcan insignificantes en cuanto se les aleja de él, en cuanto quiere uno repetirlos o narrarlos sin su verba. Entonces se sabe que él ha trabajado por dentro la sustancia de lo que cuenta —como también, sobre materia más anónima y humilde ha sabido hacerlo Espínola— y que esa materia sin él será una cosa exprimida, seca y muerta, algo así como un paisaje lunar. En enero de 1962 traje de Santiago un ejemplar de los *Anales de la Universidad de Chile*, donde Mario Rivas González relataba "Tertulias literarias de hace treinta años"; y tuve la insólita buena suerte de adelantarle la noticia de la existencia de tal texto a Latcham, a quien es casi imposible tomar desapercibido de últimas o de viejas lecturas. Se contaban allí hechos en los que Latcham era mencionado como partícipe: entre otros, me había parecido ameno el relato de un temblor de tierra que había sorprendido a unos escritores recitando poemas en el quiosco greco-romano de don Víctor Barros Borgoño. Pero cuando Latcham, hace unos días, refirió el mismo episodio y lo cotejé con la versión escrita de Rivas González, no pude dejar de ser sensible a la abismal diferencia de colorido en los detalles de mampostería, de patético ridículo humano, de comicidad casi paroxística que tenía a su favor la improvisación de Latcham sobre la tenaz escritura del otro memorialista.

Creo que quien no sepa advertir lo que hay de auténticamente creador en esa ferocidad verbal, y se limite a decir que Latcham es meramente pintoresco o divertidamente maledicente, carece de sensibilidad para lo cabalmente artístico. Porque en estos tiempos cuyas urgencias apenas lo toleran, Latcham es un maestro consumado (y tal vez aislado y en despedida como especie) del arte de la conversación. Cumple en su coloquio el aforismo de Oscar Wilde, según el cual la vida imita al arte. Y allí donde no lo imita, él hace que por lo menos se acomode a la imagen de que podría ser arte, de que lo es si él la adereza, aunque caiga a ser prosa administrativa en cuanto cambie de boca.

Se ha dicho ya, y habrá que volver a decirlo muchas veces, todo lo que hay que agradecer a Latcham como enviado de su país y de su cultura. El hecho de que su medio preferido de expansión vital hayan sido la cátedra, la Universidad y el diálogo con los escritores (a veces

el soliloquio antes los escritores) dice ya cuál fue el campo elegido por él para operar una tarea benemérita de acercamiento. "Estrechar vínculos" es una frase manoseada en conferencias de prensa y en discursos patrióticos. *El Diccionario de las ideas recibidas*, de Flaubert, habría seguramente agregado esta acepción contemporánea del lugar común: "Vínculos, estrecharlos siempre". Pero Don Ricardo Latcham, con su obra de diplomático en el mejor o tal vez único sentido enjundioso y fecundo de la palabra, ha redimido los vínculos y el acto de estrecharlos, ha convertido en verdad la frase acuñada y la ajada, consumida metáfora que contiene. Porque ha relacionado a hombres e instituciones, ha hecho conocer y ha dado a conocer, ha valorado y ha dado a valorar. Su labor no se mide sólo por los muchos profesores que han venido bajo su gestión de embajador, por los elencos artísticos que han viajado con su patrocinio, por los escritores uruguayos que han ido a reunirse con los chilenos en Santiago, Valparaíso o Concepción. Amigo de la gente joven, Don Ricardo Latcham ha sido un infatigable suscitador para que se encuentren con y sin su presencia y se averigüen —los unos en los otros— la cara de esta América tan traída a menos por sus expresiones oficiales. Se mide también por los muchos libros que ha trajinado personalmente, llevando los nuestros a seres afines y distantes, trayendo los de otros hasta nuestras mesas, interponiendo siempre los oficios energéticos de su generosidad, tan avasalladora y sin réplica como su fe en la literatura y en el hombre. Nos ha impuesto saber, ha impuesto que nos sepan.

Esa ha sido su tarea. Por esa labor todos lo sentimos como uno de los nuestros, trayendo de otro lado el entusiasmo que aquí a veces nos falta o decae; como a uno de los más pródigos, de los más esclarecidos y de los más espontáneos entre todos nosotros. Decir estas palabras en el homenaje a un embajador, en el reconocimiento de la gestión de un diplomático, suena casi a literatura fantástica. La nobleza y el denuedo de Latcham han hecho que ese lenguaje, en su caso y afortunadamente en el nuestro de su relación con él, sea una verdad profunda y permanente, puesta a cubierto del cambio de los días. Por esa certeza de su presencia estimulante y de la perduración de su amistad, le decimos sencillamente "Gracias".

(Revista *Número*, Montevideo, 2ª época, Año 1, N° 1, abril-junio de 1963, p. 77-83).



Una manifestación a María Luisa Bombal (Santiago, 14 de mayo de 1942). Aparecen, de izquierda a derecha, sentados: Sra. Alicia Rivera de Latcham, Domingo Melfi, María Luisa Bombal, Arturo Prat Echaurren, Lenka Franulic y Luis Durand. De pie: Ernesto Galliano, Ricardo Latcham, Gabriel Amunátegui y Mariano Latorre